

VITTORIO ZANETTO, *REFUGIO DE VOCES NOCTURNAS*, SEVILLA, ARCIBEL, 2004

Carmelo Vera Saura
Universidad de Sevilla

Bienvenida debe ser la nueva editorial Arcibel, que ha publicado, entre otros, a dos poetas italianos: Cesare Ruffato y Vittorio Zanetto. Del primero *Sinopsías* (2004), y del segundo este *Refugio de voces nocturnas*, una selección de 20 poemas bien traducidos por Mercedes Arriaga, que van desde *Poesías* (1972), pasando por *Y es casi una sonrisa* (1976), hasta *Resplandores de momentos* (1983), o la antología *Sabbie di fiume. Poesie* (1958-1998 (Montichiari, Zanetto, 1999)).

Nacido en 1942 en Montichiari (Brescia), ha sido librero y editor, tal y como su prologuista, su paisano Filippo Giuseppe di Bennardo, nos dice en el prólogo. Aunque perteneciente a la generación de los años sesenta, es decir, a la misma que los llamados poetas *novissimi*, que en Italia abanderaban una segunda vanguardia poética, una ruptura tanto de la poesía neorrealista de postguerra como de la poesía pura predecesora, y, en general, de la tradición poética italiana, la poesía de Zanetto, por el contrario, se integra de lleno en la tradición italiana. Algunos ecos poéticos podrían ser Pascoli, con el que tiene en común esas voces incesantes que la naturaleza prodiga, pero al mismo tiempo, también Cardarelli, como indica Di Bennardo, cuya naturaleza asociada a la memoria de la vida pasada, encontramos en cada poema de Zanetto. La unión indisoluble de la naturaleza a su paisaje natal y al tú amoroso relacionan al poeta bresciano con el poeta emiliano Attilio Bertolucci (1911-2000). Los ejemplos de dicha unión se podrían multiplicar: <<El azul de tus ojos permanece recóndito aquí/entre el susurrar de los plátanos, donde se hace fragor/la asidua muchedumbre del Chiese y se oye/el pájaro carpintero en las ramas de los sauces>> (*Aguas*). El gusto por los topónimos natales, como en estos versos el Chiese, río que atraviesa Montichiari, lo relaciona igualmente con Bertolucci. Los chopos, las adelfas, las acacias, los castaños, el jazmín, el pájaro carpintero, la cigarra, los meses del año, los peregrinos, son elementos y figuras que desde Pascoli llegan a Zanetto, pasando por Bertolucci. Pero el tiempo de Zanetto no es visiblemente estacional o cíclico, sino que va dirigido directamente al pasado para rescatarlo y eternizarlo. Cuando vuelve una estación es para hacerle recordar el pasado. Ante la fugacidad la elegía es la forma en la que Zanetto nos trae ese pasado en el que la naturaleza nos hace revivir amor y tiempo juveniles: <<Amo recordarte/en la penumbra de las peñas>> (*Grito, recuerda*).

Esta memoria del paisaje hace nacer el deseo en el poeta de volver vivir a los años de la infancia, al descubrimiento de la naturaleza y del amor: <<Quisiera vivir en un mundo de tenues/aventuras, reencontrarme sobre la línea de las/antiguas/ casas, escondido tras mis ojos de temor>> (*Quisiera vivir*). Y este paisaje lleno de cromatismos se nos ofrece siempre en el silencio y en la fugacidad del tiempo, mientras el poeta, como el Leopardi de *La vida*

solitaria, contempla sentado en la hierba: <<El color del chopo es más tierno/en la luz silenciosa. Acurrucado entre la hierba./observo./...Repaso las páginas de mi pasado>> (*Repaso las hojas de mi pasado*), <<A veces me siento en solitario lugar,/sobre un cerro... donde casi casi de mí mismo y del mundo me olvido/sentado inmoto>> (*La vida solitaria*). Y, como en Leopardi, la persona amada, siempre ausente, es reconocible por sensaciones auditivas: <<tus pasos, son, en la cadencia/de la tarde, voces de sueños/lejanas>> (*Amor*). Por ello, por encima de esa naturaleza dialogante (<<gritos lejanos de hayas>>, *Dibujo mi noche*) sobresale un silencio que expresa la ausencia de todo lo que el poeta ha ido perdiendo durante la vida: <<Hay silencio./Silencio de ausencia.../...el bochorno refleja sobre los despojos/un árido silencio>> (*Árido silencio*). Y casi siempre nos encontramos en la luz tórrida y en el silencio del verano.

Poesía bucólica y elegíaca la de Zanetto, cantada en tono menor, como la de Bertolucci, dialogante con la naturaleza y apegada a la tradición, ensimismada en el sueño del pasado y alejada de la historia, buscadora de la sugestión y de una pureza ungarettiana, al que sólo la naturaleza le ayuda a resistir ante el dolor de la vida (<<De mi árbol, he aprendido/a resisitir, he aprendido a/pedurar>>, *He aprendido a durar*), que, además, se identifica con la poesía (<<He escrito sobre las hojas/ cercnas mis plabras>>, *ibidem*). Y es la misma naturaleza la que le indica que la vida es fugaz y frágil, tomando como ejemplo a la la viña retorcida: <<En lo alto hay una viña retorcida:/observa y escucha el abismo>>, *Refugio de voces nocturnas*). Las leyes de la naturaleza, como en Bertolucci expresan las leyes humanas.